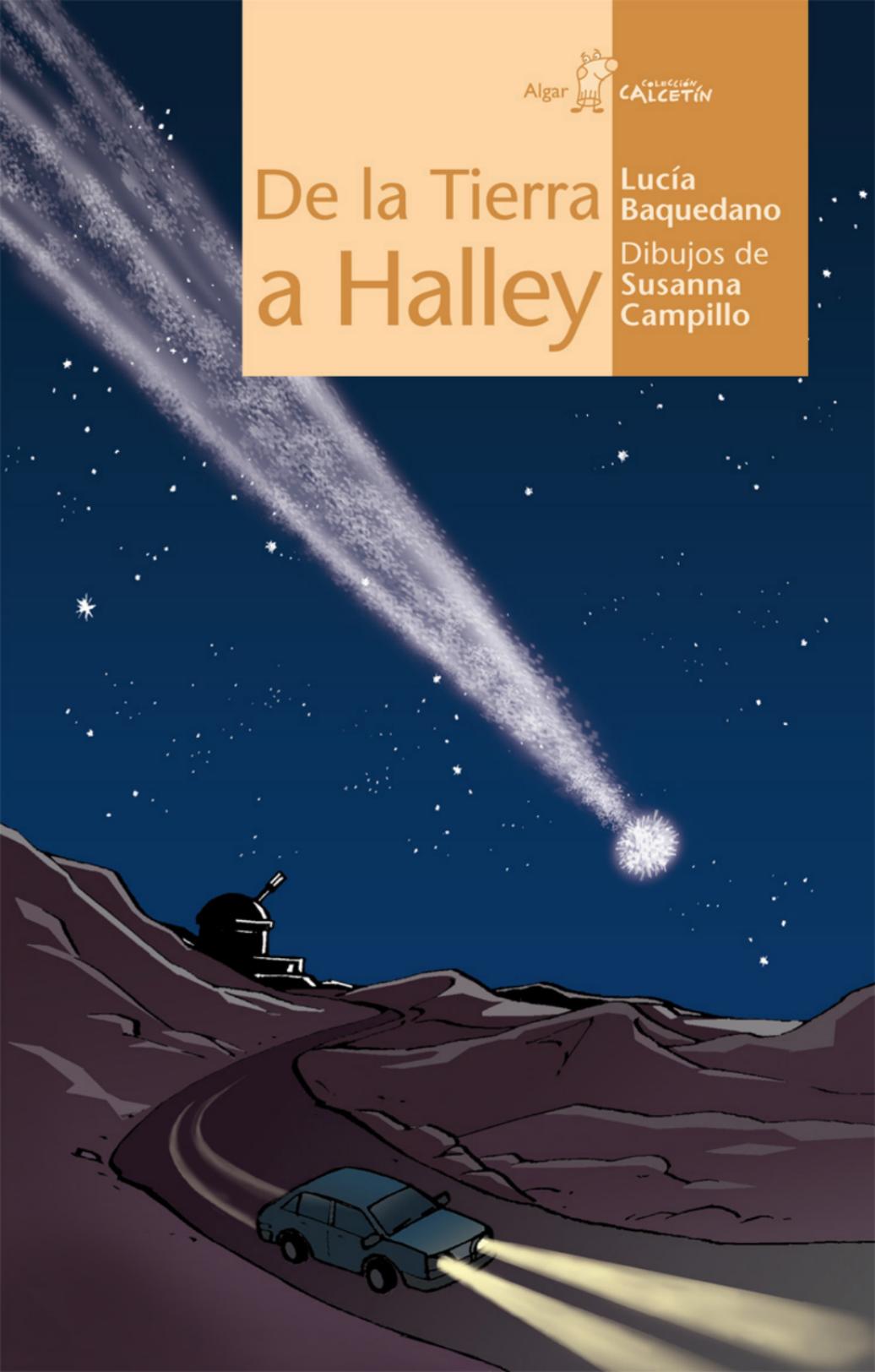


Algar  CALCE TÍN

# De la Tierra a Halley

Lucía  
Baquedano

Dibujos de  
Susanna  
Campillo





1

Halleky y Comechy se sintieron muy orgullosos cuando la Asamblea los designó para descender del Halley al sobrevolar la Tierra.

Hacía ya muchos años que Grancomet, uno de sus antepasados, había realizado el mismo viaje, cuando todavía nadie imaginaba que la Tierra pudiera estar habitada.

A su regreso contó en la Asamblea cosas increíbles acerca de unos seres inteligentes

llamados hombres. Los describió lleno de entusiasmo ante su gran belleza. Altos, erguidos y con movimiento autónomo. Se desplazaban por medio de unas largas extremidades que surgían de la parte inferior de su cuerpo, y caminaban con gracia y elegancia.

A Grancomet le llamaron igualmente la atención dos bellísimas luminarias que los hombres poseían y de las que se servían como guías, ya que, al parecer, podían ver a través de ellas.

Estas luminarias no eran iguales en todos los hombres: unos las tenían verdes, otros azules, y las había también en colores pardo y negro. Pero todas eran igualmente hermosas y útiles.

En su inspección por la Tierra, Grancomet comprobó que los hombres también se diferenciaban entre sí por el color del rostro, ya que encontró rostros de cinco tonalidades

diferentes. Había hombres blancos y hombres negros, hombres amarillos y hombres de color rojizo y aceitunado.

Pero sobre todas estas cualidades sobresalía otra que lo dejó maravillado, porque los seres de otros mundos carecían de ella: los habitantes de la Tierra sabían cantar.

Cuando Grancomet contó todas estas cosas en la Asamblea, hubo hallerianos que no lo quisieron creer. Dijeron que nadie ignoraba que la Tierra jamás había estado habitada. Y añadieron que Grancomet siempre había sido un aventurero incorregible, incapaz de controlar su imaginación.

Los documentos de Grancomet se archivaron, pues, sin prestarles mayor atención, y sus escritos no se publicaron. Con el tiempo se olvidaron del hombre, y durante muchos años continuó la creencia de que la Tierra, al

estar bañada por los rayos del Sol, tenía una temperatura muy elevada, lo que hacía imposible la presencia de seres vivos en ella.

Mas, pasado algún tiempo, comenzó a resurgir entre los jóvenes un movimiento que creía en la existencia de vida en la Tierra. Se revisaron los archivos hasta dar con los documentos de Grancomet. Y los comets más progres comenzaron a conversar en todas sus reuniones acerca de los seres de las hermosas luminarias y la maravillosa voz.

Y aquellos jóvenes fueron haciéndose menos jóvenes, llegaron a viejos y alcanzaron la edad de ocupar un sillón en la Asamblea para gobernar el cometa.

Las aventuras de Grancomet fueron nuevamente conocidas por todos. Unos creían en él y otros seguían hablando de su imaginación. Pero, al acercarse el tiempo de visi-

tar la Tierra, todos estuvieron de acuerdo en que sería conveniente que alguno de ellos se dejara caer sobre ella al sobrevolarla, como había hecho su antepasado, y comprobara la veracidad de lo descrito.

Pero los ancianos de la Asamblea eran ya demasiado viejos para embarcarse en aventuras, así que decidieron encomendar la misión a alguno de los hallerianos más jóvenes. Eligieron a Halleky y a Comechy, por ser nietos de Grancomet y tan entusiastas y osados como él.

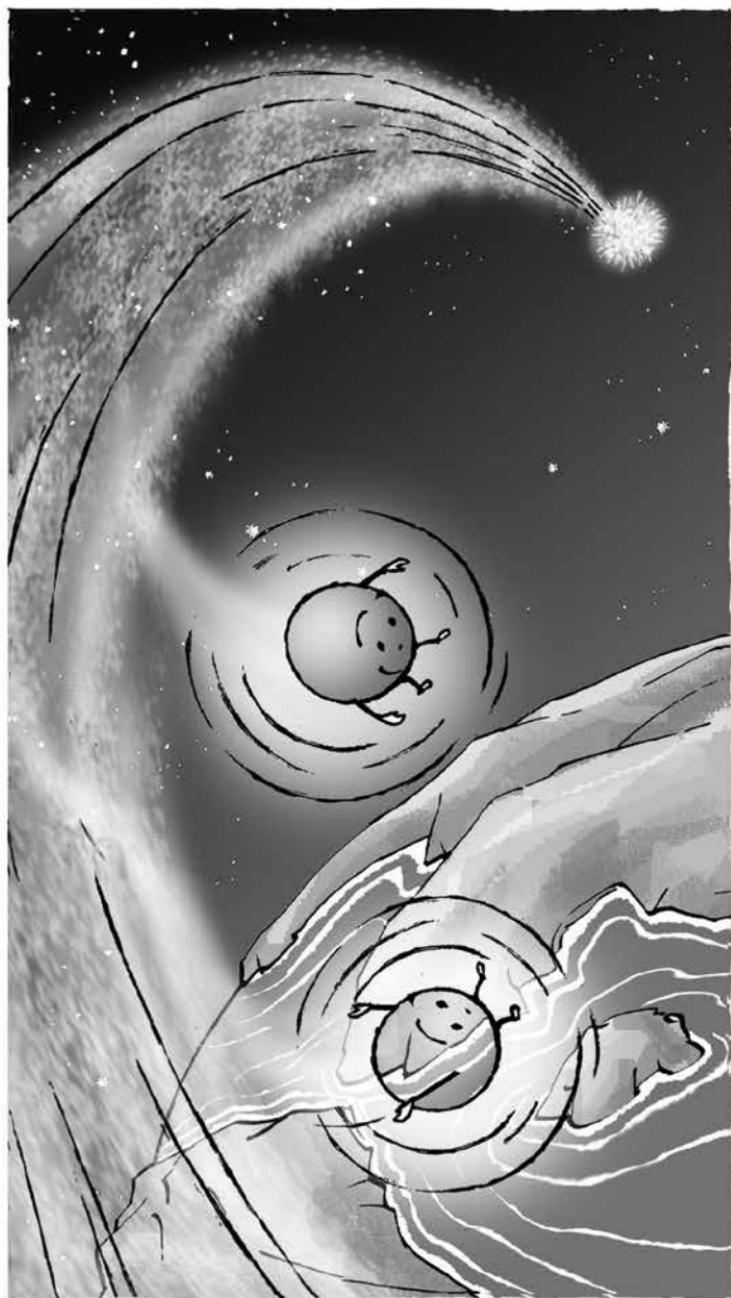
Los muchachos acogieron la designación alborozados porque habían escuchado muchas veces los relatos del abuelo y querían conocer a los hombres, de cuya existencia jamás habían dudado.

Sólo tenían una preocupación: ¿cómo lograrían entablar relaciones con los hombres?

Grancomet había dicho que nunca pudo acercarse a ellos, pues siempre que lo había intentado los hombres huyeron de él llenos de espanto. Incluso la presencia del Halley en el firmamento los atemorizaba, y una vez les oyó comentar que el paso del cometa sobre la Tierra era anuncio de grandes catástrofes y calamidades. Esto lo llenó de tristeza, porque nada deseaba tanto como lograr la amistad de los hombres.

Halleky y Comechy también lo deseaban, así que, con la esperanza de lograrlo, se dejaron caer sobre la Tierra muy ilusionados.

Los hallerianos los contemplaron hasta que desaparecieron de su vista. La decisión de la Asamblea había entusiasmado a muchos, mientras que otros estaban más dudosos. Algunos decían, igual que sus antepasados, que todo aquello era una teme-



ridad. Que Halleky y Comechy estaban locos como su abuelo por lanzarse a tan extravagante aventura, porque todos sabían que la Tierra nunca había estado habitada. Y, sin embargo, en Halley pronto comenzaron a recibirse mensajes de la Tierra.